

BIBLIOGRAFIA

nología futura y construyó una fenomenología mundana que denominó Razón Vital o Histórica.

Concluye la obra con un análisis de las *Meditaciones del Quijote* (cap. 7) y un Epílogo (cap. 8). En el primero, más que un comentario, el autor hace una «lectura» de las *Meditaciones*. Con ella intenta hacernos ver la preocupación de Ortega por hacer salir a los españoles de su «impresionismo» para conseguir una visión más profunda, una visión que permita «ver el bosque» sin dejar de «ver los árboles»: ir de las impresiones a los conceptos, de lo material a lo ideal, a lo cultural. Según el autor, Ortega enseña en las *Meditaciones* la necesidad de la cultura y el concepto, así como la forma de conseguirlos, si bien tiene muy presente que «sólo un loco podría elegir el fantasma de un concepto en vez de la realidad misma. Pero, al mismo tiempo, una cosa sólo se alcanza por el pensamiento...» (p. 154). El concepto no es un sustituto de la «espontaneidad de la vida» sino un instrumento para su posesión y tematización.

De este modo, viendo lo que Ortega silencia y dice en su obra sobre España, la novela, el Quijote..., P. W. Silver sostiene que en cada caso es un reflejo de su principal tesis filosófica: que la «vida humana» es la realidad básica, una dialéctica de esfuerzo y resistencia de «ser-desde-dentro» y «ser-desde-fuera», de *aesthesis* (ser) y *logos* (tener), y de ahí su nombre de *Razón Vital o Histórica* (Cfr. p. 162).

En el epílogo se ofrecen algunas consideraciones sobre la obra de Ortega en su conjunto. Se considera que las circunstancias históricas y culturales han impedido una lectu-

ra abierta y sin prejuicios de sus textos y, frente a los que sostienen que Ortega era deudor de filósofos como Cohen, Scheler, Dilthey, Husserl, Spengler y Heidegger, el autor afirma que, normalmente, tras un minucioso análisis se prueba que tales influencias son inexistentes.

En definitiva, consideramos que Philip W. Silver, con su obra, aporta un interesante estudio sobre la originalidad del pensamiento de Ortega.

A. PACHECO JIMÉNEZ

VÁZQUEZ, J., y GUISAN, E., *Aproximación analítica al pensamiento de Platón*, Universidad de Santiago de Compostela, 1982, 130 páginas.

Posiblemente no haya mejor magnitud para determinar el «clasicismo» de los clásicos que su inagotable virtualidad inspiradora. Cuando el investigador, eludiendo los temores suscitados por los innumerables estudios dedicados al pensador clásico, decide tomarlo como inequívoca fuente sugeridora, es porque ha detectado en él un modo de filón inagotable de pensamiento genuino, eternamente nuevo. El continuo tratamiento y discusión del pensador clásico no merma su actualidad ni mengua su novedad. Nunca, por mucho que se haya dicho, queda dicho todo sobre los clásicos. De ahí su perennidad; de ahí su frescura.

El estudio que reseñamos, abordado «desde planteamientos totalmente contemporáneos», es una prueba inequívoca de cuanto decimos. Ninguna de las formulaciones sobre el pensamiento de Platón ha

BIBLIOGRAFIA

sido exhaustiva. Ninguna es la última. Caben nuevas e inéditas perspectivas, como ésta que «se hace a la luz de las aportaciones de la *filosofía analítica contemporánea*», cuyo resultado no puede ser más que mostrar la grandeza del griego junto con la jovialidad de su pensamiento.

El estudio arranca de una singular observación: Platón, a pesar de su presunta familiaridad, sigue resultando un enigma. Basta para comprobarlo con que atendamos a las distintas —y aun contrapuestas— valoraciones de su pensamiento y figura. Desde «defensor de la soberanía de la ley sobre las arbitrariedades individuales», como viene a considerarlo Glenn R. Morrow, hasta decidido enemigo de «la sociedad abierta», como gusta de caracterizarlo Karl R. Popper, hay un sin fin de interpretaciones difícilmente compatibles. Si a esto se añade que, propia y rigurosamente, «no existe un sólo 'Platón' doctrinal sino, cuanto menos, tres distintos» —el socrático, el 'mítico' y el autocrítico—, se entiende la pertinencia del estudio y el esfuerzo desplegado por contribuir a acercarse más aún al núcleo decisivo de su pensamiento.

Consta la obra de dos partes perfectamente diferenciadas. La primera de ellas —Ontología y teoría del conocimiento— ha sido escrita por J. Vázquez y pretende el nada despreciable empeño de lograr una interpretación ajustada del núcleo metafísico del platonismo. Tras una exposición de la teoría del conocimiento y del lenguaje, tal como quedó formulada en el *Cratilo*, J. Vázquez analiza sucesivamente la doctrina del Platón mítico, la revisión crítica de la teoría de las ideas y

del conocimiento sensible, tal como la formulara el llamado Platón autocrítico en el *Parménides* y en el *Teeteto* respectivamente, y, por último, se acomete un riguroso y bien construido estudio del *Sofista*, haciendo hincapié en sus aspectos ontológicos y gnoseológicos.

Más importante nos parece, sin embargo, la segunda parte de la obra, pues, a una forma indudablemente novedosa de abordarla, se une el carácter generalmente menos tratado —habiéndolo sido mucho— de la filosofía práctica platónica. La autora de esta parte, Esperanza Guisán, ha sabido acertar en la elección del repertorio de tesis fundamentales del pensamiento práctico de Platón, que queda expresado de forma genuina mediante la exposición de las obras más características, sin que la concisión del estudio suponga merma de su altura especulativa.

Para lograr una ajustada y precisa exposición de la filosofía práctica platónica, la autora examina, en primer lugar, el «contexto sociocultural de la filosofía práctica platónica» (pp. 61-85). Ello exige, por su parte, tomar oportuna cuenta de la «actitud de Platón frente a la democracia», confusa en exceso por posturas radicales, como las de Farrington o Popper. Con objeto de ponderar las afirmaciones de esos autores, E. Guisán sostiene que «la 'reacción' de Platón ha de entenderse, pues, dentro del marco del segundo período de la Ilustración, y los ideales platónicos han de ser contrastados con aquellos que estaban en vigor al finalizar la guerra del Peloponeso, período en el que tiene lugar la desintegración de los ideales de Pericles, que intentaban

BIBLIOGRAFIA

conjugar la idea del Estado y las libertades individuales» (p. 63).

El estudio del contexto del pensamiento platónico exige, además, hacerse cargo de los «antecedentes de la filosofía práctica platónica» (pp. 65-69).

El «carácter antropocéntrico o teocéntrico de la obra de Platón», minuciosamente examinado a través de las opiniones de Nowell-Smith, Shorey, Jaeger y Grube, da paso a un tema de más enjundia: el del «puesto de la razón en la ética platónica» (pp. 73-78).

La primera parte termina con una «caracterización de la filosofía práctica platónica y su contraste con los ideales de Pericles» (pp. 78-85). Semejante comparación y contraste se hace al hilo de algunos de los más significativos pasajes del conocido discurso de Pericles a los atenienses.

Pero la fundamental del trabajo de Esperanza Guisán es la segunda, donde se acomete específicamente el estudio de los postulados prácticos platónicos, de su desarrollo y de la lógica de su justificación (87-124).

Por una parte, Platón se ocupa de definir lo «bueno como medio», «lo correcto de las conductas» (rightness); mas por otra, en el *Filebo*, «se busca la definición de la propia bondad (goodness), es decir, aquello en función de lo cual una conducta o una vida merece ser llamada justa o correcta» (p. 112). La solución platónica se destaca frente a la propuesta de Filebo, para quien «el placer es el fin normal de todo lo que vive y es aquello a lo que todos deben aspirar, de esta manera él es el bien universal y estas dos expresiones 'bueno' y 'agradable' no se aplican con rectitud sino

a una y la misma realidad» (p. 112. *Filebo* 59 d.). Naturalmente, Platón «niega esta unidad y pretende que, lo mismo que tienen dos nombres, el bien y el placer, tienen asimismo dos naturalezas diferentes, y que la sabiduría tiene más parte en el bien que no el placer» (ibid.). La propuesta platónica incurre, a juicio de E. Guisán, en *falacia referencialista*, el mismo error que cometerá G. E. Moore —deudor inequívoco del pensamiento platónico en este punto— al definir «bueno» como una singular cualidad no-natural.

La parte final de la obra de E. Guisán (pp. 115-124) aspira especialmente a aclarar los intentos justificativos platónicos de la conducta moral, pues el griego trata «no sólo de definir la moralidad de nuestras acciones, sino que además quiere ofrecernos, en todo momento, *razones* que nos estimulen a ser morales» (p. 115). Dos postulados fundamentales resumen los modos de argumentación platónica al respecto: «Todo el mundo desea el bien» (pp. 116-117) y «Vale la pena ser moral» (pp. 117-124).

Como valoración de la obra, nos parece oportuno hacer algunas consideraciones finales. Ciertamente la perspectiva es bastante novedosa, y el estudio está bien construido y tiene altura especulativa. No obstante, algunas tesis nos parecen susceptibles de revisión crítica, y otras están tratadas de manera insuficiente. Acaso la brevedad de la obra sea culpable de este último inconveniente, que en ningún caso merma el interés de la obra y el puesto importante que merece ocupar dentro de la inmensa bibliografía sobre Platón.

J. L. DEL BARCO COLLAZOS